

DIFUSIÓN CULTURAL O UNA BUENA MALA CONCIENCIA

Por Fernando Curiel

UNO

En mesas redondas, sobremesas, programas de radio y televisión, tocadas, plantones, editoriales, asados, mensajes telefónicos, encuentros, desencuentros, colas para el metro, seminarios de coyuntura, partidas de dominó, consejos generales, rumbeadas, tenebras, mañanitas en Sanborn's, tardeadas en el "58", aulas, oficinas ministeriales, mentideros académicos, corrillos confesionales, etcétera, etcétera, corre últimamente una consigna, a veces pausada, en ocasiones tremolante: una Universidad en verdad al servicio de la sociedad que la sustenta. Más allá de posturas ideológicas o poses partidarias, lo inconcluso es que, dentro y fuera del claustro, a diestra y siniestra, la Universidad es sometida a tajante entredicho (interdicto que, en plumas como la Gabriel Zaid, se muda ablación). No está de más aclarar que tamaña puesta en duda, de la UNAM o del sistema universitario en cuanto tal, no responde en todos los casos y ocasiones a la buena fe histórica o, para no ponernos moralistas, al conocimiento así sea superficial de los lances de la Universidad mexicana del siglo XX (esa institución sin sosiego). Ojo, pues, con la perfidia o su hija impúdica, la ignorancia.

DOS

La interrogante de estos tiempos post-post-revolucionarios, sobre si la(s) universidad(es) sirven o no a la sociedad, su patrocinadora, revive el cuestionamiento, asimismo rudo, de los años revolucionarios (o de la disputa del poder revolucionario.) El lector(a) recuerda que correspondió a D. Joaquín Eguía el primer rectorado de la Universidad Nacional (septiembre, 1910). Pues bien: en tanto el Proyecto Sierra llevaba imbibida una revuelta cultural de largo alcance (antipositivismo, nacionalismo universalista), la Universidad real de 1910 a 1920 no encontró su sitio, y sentido, en la profunda crisis que puso al país de cabeza. Más aún: Eguía plantea la autonomía en tanto anticuerpo de las convulsiones de la hora; y el único Don Pedro citable, D. Pedro Henríquez Ureña, apronta una reforma humanista de la Prepa

cuando la sitia Huertal ¿Cómo diantres sorprenderse de que José Vasconcelos, rector, perore: "Llego con tristeza a este montón de ruinas", y que José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, advierta: "El problema de las Universidades es uno de los más discutidos en estos momentos en todo el mundo. Se les acusa de constituir minorías -privilegiadas por la educación y el talento-, que una vez adiestradas en el saber, no emplean sus conocimientos sino en beneficio propio, desentendiéndose de los intereses sociales"?

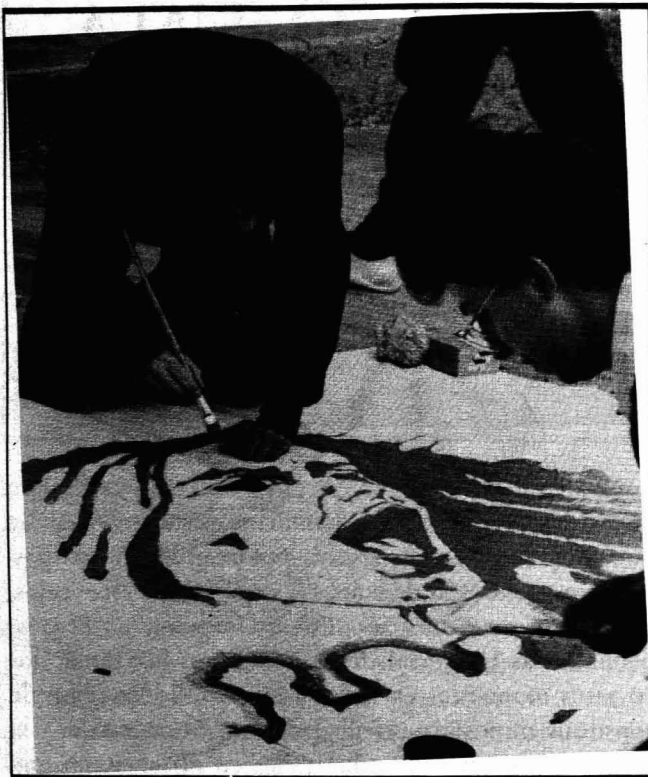
(continúa abajo)

TRES

Mil novecientos ochenta y siete: ¿nos hemos extraviado de nueva cuenta, teniendo ya a la vista la línea de sombra (¿qué oculta?) del próximo siglo? ¿Discutimos, mientras cae otra vez Tenochtitlán, la luz del Tabor? ¿Las campanas que doblan, doblan por la UNAM? Anoto, sin ambages, tres respuestas. Aquí, la que afirma que la pérdida del norte (norte, ruta social) es irreparable, y que procede, en consecuencia, el exorcismo, la ablución pública, el castigo purificador, la nueva fundación del reino (pedagógico); allá, la respuesta que afirma que la desnordeada es grave más relativa (y hasta nacional) y que, por ende, procede apostar al golpe de la esperanza, del timón; acullá (por último), la respuesta que, dando por definitivamente extraviado el rumbo, clama la liquidación, dicho esto en sentido crítico y administrativo. Yo me inclino, hasta zambullirme, por la respuesta citada (glosada) en segundo término.

CUATRO

¿Golpe de la esperanza, del timón? ¿A babor? ¿A estribor? Consigno el panorama: un país sub e hiper/desarrollado en vías de atonía; una paradójica masificación de la enseñanza superior (comparativamente, puesto que uno de cada siete jóvenes en edad entre 20 y 24 años, la edad de merecer universitaria, estudia en una institución de educación superior, quien, oriundo de Nativitas o de Bosques de las Lomas, accede a dicho coto, pasa a constituirse en minoría privilegiada); la



más honda crisis física y metafísica, anuncio de lo que puede suceder a Monterrey o Guadalajara, de la ciudad de México; el “estrés” de la Revolución hecha programa de reivindicaciones populares; la confusión del carácter nacional de la UNAM con su tamaño (Sierra pretendía nacionalizar la ciencia, no una simple macroinfraestructura (que no la hay) científica, mexicanizar el saber, no tornarlo escalafonario o cláusula de revisión anual, atraer y no segar las mejores energías intelectuales de la República); la simulación (se discute el grado) togada, laboral, administrativa, mentora, estudiantil; la consolidación de un país de jóvenes: la invasión de la contracultura; una deuda pública técnica y políticamente inmanejable; una tradición universitaria (hablo tan solo de la Nacional y Autónoma, aunque sin desdoro de otras tan antiguas como la de San Luis Potosí), repito, una tradición formidable que se traduce, amén de en un corpus legal (una ley constitutiva y tres leyes orgánicas), en altas conquistas de la inteligencia (libertad de cátedra e investigación, investigación nacionalista, autonomía colegiada por supuesto, pluralidad y discrepancia como métodos para la construcción del saber y su crítica); un proceso interno de cambio, reemprendido va para más de dos años, que, al margen de cuestiones tales como “susceptibilidad de la Voluntad General” o “fallas técnicas legislativas”, cuestiones desde luego substanciales, sigue colocando en el centro de las discusiones a: la evaluación permanente de unos y otros, la diferencia ética entre gratuidad o subsidio y sobreprotección económica, los límites de la administración, el ausentismo como permanencia, la interdisciplina, la reforma de formas de gobierno que no se agota en la desaparición o sustitución de poderes; y lo que, entre otros candentes temas, se leerá acto seguido.

CINCO

La difusión cultural (puntos suspensivos). El lector(a) o, si usted prefiere, la lect(or)a, recuerda que Sierra llamó a la Universidad “obra inmensa de cultura”; que, ya en el 29, esta llamada tercera función (TF) ocupa un doble espacio en el artículo 1o. de la correspondiente Ley Orgánica, junto a la enseñanza y a la investigación (“...llegar a expresar en sus modalidades más altas la cultura nacional para ayudar a la integración del pueblo mexicano”/ “Será también fin esencial de la Universidad llevar las enseñanzas que se imparten en las escuelas, por medio de la extensión universitaria, a quienes no estén en posibilidades de asistir a las escuelas superiores, poniendo así la Universidad al servicio del pueblo”); que la desastrosa solución estatal del 33, pretendió acabar con el carácter nacional de claustro, pero no con sus tareas investigativas y difusoras (“...y extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura”, reza para concluir el artículo primero de la Ley Orgánica de marras); que, salvo una coma, la ley vigente reitera la fórmula de 1933. Sí, de acuerdo, pero ¿y el ser, la realidad? Digo que el diagnóstico de “Fortaleza y debilidad”, salvo su enriquecimiento, sigue siendo válido. “Subsistema”, ayuno de planes a mediano y largo plazo, propicio a decisiones caprichosas y hasta atribiliarias; espacio en el que se crea y recrea buena parte de la cultura nacional pero, que sin embargo, vive o, según el caso, sobrevive, alejado de la comunidad o, como alguien dijo, pueblo universitario. Ahora bien: yo estoy conforme con que a-planificación, dictadura cultural, proteccionismo cultural y escasa participación interna, son deficiencias de más o menos sencilla enmienda a través de remedios que sin duda alguna propondrán, en sus cartas a la redacción, los lectores de este número. La parte realmente novedosa, por antigua, por fundacional, radica en aquello de poner “la Universidad al servicio del pueblo”; consigna que los líderes del 29, antes generación de 1915, conscientes de sus ventajas sociales, heredaron del vasconcelismo, antes generación del Ateneo (generación que crea, desde el olimpo, la Universidad Popular, año de 1912). Yo, sin adelantar visperas, sin ignorar (antes al contrario) el apremio de que el estudiante y el profesor y el trabajador y el investigador actúen, hagan música, dancen, escriban, transiten si científicos las humanidades y el arte y si humanistas la computación y el saber exacto (¿?) de la materia, en suma, vivan cotidianamente la “comunidad de cultura” que viene al caso citar, imagino el momento en que estudiantes (¿servicio social?), profesores e investigadores (¿consecuencias curriculares y monetarias?), trabajadores artistas, ocupen, culturalmente, si no el pueblo en abstracto, sí la polis, la ciudad, las ciudades de México. El saber útil; la vasta medicina; el alfabeto; las luces críticas; el bálsamo literario; la solidaridad. Una movilización digna de verse; buenísima mala conciencia. ♦